

Elena Poniatowska

El amante polaco

LIBRO 2



Stanisław Poniatowski pasea por la soledad de su palacio, acaba de ser nombrado rey, pero los problemas no se han hecho esperar: las deudas de la corona son incontables, su familia confabula contra él y sus vecinos, Rusia, Austria y Prusia, amenazan con destruir todo aquello por lo que ha luchado. ¿Será capaz de mantener su reino unido? Doscientos años después, Elena es parte de un México que busca la anhelada «modernidad» y su trabajo como periodista le permite ser testigo privilegiada de esa transformación, involucrándola además en experiencias de todo tipo, desde encuentros con políticos y guerrilleros hasta amores y pérdidas irremplazables.

Este libro concluye la historia del último rey de Polonia, desde su coronación hasta su inevitable desenlace como el mayor perdedor de una Europa marcada por las conspiraciones. Al mismo tiempo, a lo largo de sus páginas se va dibujando un espléndido mosaico de los claroscuros culturales y políticos de México.

Elena Poniatowska, Premio Cervantes 2013, da un cierre magistral a su novela más personal, donde las pasiones de reyes y cortes lejanas se entretajan con las búsquedas y obsesiones de una escritora única.

Índice de contenido

Cubierta

El amante polaco. Libro 2

Capítulo 25. Primeros años de reinado

Capítulo 26. Adam Czartoryski

Capítulo 27. El embajador de Rusia, Nikolai Repnin

Capítulo 28. La sorpresa de Federico y Catalina

Capítulo 29. Los Disidentes

Capítulo 30. Visita de Madame Geoffrin

Capítulo 31. Los bailes del rey

Capítulo 32. La cultura polaca

Capítulo 33. La agresión de Stackelberg

Capítulo 34. El dolor de Stanisław

Capítulo 35. Los Czartoryski

Capítulo 36. La derrota del rey

Capítulo 37. La princesa Dáshkova

Capítulo 38. Traición de Europa a Polonia

Capítulo 39. Secuestro del rey

Capítulo 40. Antony Tyzenhaus

Capítulo 41. El sobrino Pepi

Capítulo 42. La Dogrumova

Capítulo 43. El sobrino Stanisław

Capítulo 44. Muerte de Madame Geoffrin

Capítulo 45. Los patriotas

Capítulo 46. La Constitución

Capítulo 47. La soledad del rey

Capítulo 48. Targowica

Capítulo 49. Guerra contra Rusia

Capítulo 50. La batalla de Zieleńce

Capítulo 51. Segunda Partición de Polonia

Capítulo 52. Insurrección de Kościuszko

Capítulo 53. Abdicación del rey

Capítulo 54. Tercera repartición de Polonia

Capítulo 55. Noticias de una muerte

Capítulo 56. Exilio en Rusia

Capítulo 57. Muerte del rey

Agradecimientos

Sobre la autora

Capítulo 25

Primeros años de reinado

¿Es este mi reino?

En las salas vacías del Palacio Łazienki, el frío congela los huesos. Aunque la primera noche todavía es de éxtasis, el amanecer devuelve al rey a la realidad. Su recorrido por los aposentos es una constatación de desastres. Cada vez que abre una puerta descubre una ruina. Las ventanas cierran mal, los chiflones atraviesan las habitaciones desiertas y varios gatos hicieron el amor en el único canapé. Los sirvientes no se bañan ni sonríen. «Con razón August III escogió vivir en Dresde», se dice el nuevo rey. Nada lo desanima. «Voy a resolver todo», se repite ante una y otra catástrofe.

–¿Cuántos sirvientes son? –pregunta a su intendente.

–Ciento cuarenta y cinco, entre hombres y mujeres.

–¿Tantos? ¿Todos pasaron aquí la noche?

–Sí, en el piso, unos encima de otros.

–Al menos a mí me tocó una *chaise-longue* –bromea el rey.

A diferencia de sus predecesores, Stanisław solo cuenta con mil doscientos soldados de la Guardia Real y una pensión de la emperatriz, quien se muestra muy tacaña; en la cocina del palacio, solo podrá comer si un tabernero le envía una charola dos veces al día.

Stanisław tiene que levantar su reino desde cero, como una recién casada que echa a andar su hogar, escoba y plumero en mano.

Al ver que su castillo carece de muebles, el rey propone: «Vamos a hacerlos nosotros».

–¿Piensas volverte carpintero? –pregunta irónico su primo Adam, al descubrir un taller de ebanistería en un ala del palacio.

–Tenemos que *saber hacer* –responde el rey–. Si todos los polacos sabemos hacer, enfrentaremos cualquier desgracia.

–¿Hacer qué? –ironiza de nuevo Adam.

–Todo, desde cultivar la tierra hasta encuadernar libros, desde levantar un puente hasta cocinar una buena sopa, desde amasar pan hasta repartirlo. Un pueblo entero se salva si sabe hacer. Mira a los franceses con sus pensadores, sus perfumeros, viticultores, queseros, sastres y sombrereros.

»Saber hacer –insiste Poniatowski– es la salvación de todo, eso lo predicán los Enciclopedistas. ¿No son ellos quienes rigen al mundo? Ahí está también Prusia con sus músicos y sus filósofos. Tenemos que dignificar oficios, recordar a nuestros héroes, ensalzar nuestras batallas, proteger nuestro tesoro, lograr que los polacos se sientan orgullosos de sí mismos».

El esfuerzo educador de Stanisław abarca los oficios que se transmiten de padre a hijo.

Los miembros de la *szlachta*, los poderosos de Polonia, sonrían despectivos ante el afán del rey por *hacer patria*; para ellos, el trabajo manual es cosa de los de abajo. Solo las órdenes religiosas y la disciplina militar son dignas de reconocimiento; bendecir y hacer la guerra lo justifica todo. «¡Esas sí son artes de vida!».

–Nunca voy a sentar a un cochero en mi mesa –advierete su prima Elżbieta– porque tanto él como yo pasaríamos un mal rato.

–Tal vez te enamorarías de él.

–Stasiu, ¿estás loco?

–En las aulas, además de conversar entre sí, los alumnos descubren que pueden quererse. ¿No es la hermandad de los opuestos la esencia de la enseñanza?

–¿Estás seguro de que vas por buen camino? –se inquieta Adam, que interviene de pronto.

–No conozco otro, amable primo. Lo primero que me sale del corazón es acercarme a la gente que nace y muere en Polonia.

Adam, dispuesto a dar la media vuelta, se detiene. Algo en la voz de su primo lo conmueve. La corte se burla del nuevo rey que ofrece su mano a cada súbdito. Su mansedumbre confunde a la *szlachta*, y a Staś le sorprende que hasta sus familiares lo aborden con ojos bajos y que varios recién conocidos aseguren haberle sido presentados, circunstancia de la cual se culpa no recordar. «Es por mi miopía», se excusa, «soy mal fisionomista».

Quienes más lo desconciertan son las mujeres. Se disputan el favor de besar su mano y guardan silencio si él toma la palabra. «No voy a ser el único que hable», ríe el rey, incrédulo.

Nunca ha sido tan digno de ser escuchado.

Los polacos buscan una figura paterna en ese nuevo rey que a su vez se pregunta cómo afianzar su propia autoridad.

«Nada vas a hacer sin el permiso de Catalina», confirma su adorada prima Elżbieta.

A medida que abre puertas, sus súbditos se inclinan a su paso. A pesar de haberse acostumbrado al vasallaje en San Petersburgo, a Staś lo mortifican caravanas, lisonjas y obsequios. Algunos elogios lindan con el servilismo y otros son simplemente lacayunos. No le sorprendería oír letanías como las que se recitan ante el altar: «Torre de marfil, Arca de la alianza, Casa de oro, Estrella de la mañana...».

«El nuevo rey odia la guerra», el rumor se extiende en Varsovia como una acusación.

En Europa, no hay honra mayor que ser soldado; soldado que se distingue en la batalla, soldado de entregar la vida por los demás, soldado de morir por la patria.

Poniatowski es ahora Stanisław August II, rey de Polonia, gran duque de Lituania, y su carácter lo hace incapaz de prever malas intenciones. Nombra al regordete Jacek Ogrodzki su canciller y reúne a un séquito de niños de ocho a doce años: «¿Les gustaría ser mis pajes?». Mientras tanto, corretean en el pasillo y sus risas lo alegran. Un niño que sonríe tiene mucho de pájaro. ¿Cómo darles de comer y vestir a esas golondrinas que aún no saben que Polonia es su nido?

Nunca cesa el movimiento en el palacio y los quejosos esperan con caras largas a que el rey les conceda audiencia. «¿Es este el palacio de un monarca o es una corte de los milagros?», se pregunta Stanisław al ver muletas y rostros descompuestos en los pasillos y en el quicio de la puerta.

¿Por qué a un rey se le acercan todos los olvidados de la tierra, todos los que creen en los milagros, todos los parásitos de este planeta?

¿Y Catalina?

Imposible darse cuenta de que la emperatriz ya no lo ama, imposible aceptar que su castillo de Wawel no alcance la grandeza de Versalles o de Buckingham; el rey todo lo va a resolver, se reunirá con su bienamada, dialogará con pensadores europeos, consultará a Rousseau, a D'Alembert, y para recibirlos en Varsovia, creará una atmósfera de cultura y de dignidad.

Lo primero que anuncia Stanisław en su audiencia vespertina es: «Voy a abolir al *Liberum Veto*. Es perverso para cualquier nación, en cualquier circunstancia».

Los presentes se miran entre sí, pero Stanisław no capta su descontento.

El rey recurre a los conocimientos de sus pares porque, así como se lo enseñó Konstancja, la educación es la base

del progreso. No importa que los maestros desconfíen, sean sus rivales políticos o profesen una religión distinta, el rey los convoca. Los jefes de la Iglesia se inquietan. Urge formar al último niño de la escuela más distante de Polonia. Si un budista quiere enseñar, que se le abran las puertas; serán bienvenidos todos los credos. Polonia tiene la fuerza de elevarse y llegar a la altura de Francia.

El primer acto de gobierno de Stanisław es formar una élite de profesionistas: «Necesitamos que ninguna población quede aislada. Busquemos ingenieros para unir nuestros ríos y crear nuevos canales. Es urgente darnos prisa, arrancar desde el primer mes de gobierno, todo tenemos que hacerlo hoy». El rey hace suya la máxima de Rousseau: «*Ubi bene, ibi patria*». La patria es el sitio donde los polacos se sienten bien. Ante todo, la nobleza tiene que defender a su familia, a sus herederos, a toda esta juventud capaz de domar al caballo más bronco, jinetes que derrotan a sus competidores y son los futuros adalides de Polonia. También tiene que atender las peticiones de los menos afortunados, de quienes trabajan bajo sus órdenes, porque sin ellos, imposible conservar su riqueza. Finalmente, ¿de quién depende su bienestar si no es de la cantidad de hombres y mujeres que acuden a su llamado, preparan sus vestuarios, se levantan al alba a ordeñar sus vacas?

«Son los deportes, la gimnasia, las caminatas, la equitación los que fortalecerán el espíritu», se regocija el obispo Michał Poniatowski, el que más disfruta de la entronización de su hermano.

Stanisław promueve el respeto a los ejercicios corporales, la joven nobleza se distingue por su audacia, su fervor por destacar en la Haute École, que solo admite a jinetes excepcionales. Los polacos son valientes por naturaleza. Se lanzan al primer desafío. En 1765, el rey funda la Escuela de Caballería, una nueva academia militar Szkoła Rycerska, superior a la existente. «Adam, tú vas a dirigirla, ade-

más de tu inteligencia, sabes por experiencia que los jinetes polacos son los mejores del mundo».

El *Emile* de Rousseau está al alcance de su mano sobre la mesa de noche, y el rey lee a pesar de que se le cierran los ojos, y si no termina un capítulo, lo retoma al amanecer.

La majestuosidad también implica un esfuerzo interminable, y vestirse con la ayuda de sastres y peleteros significa permanecer de pie horas enteras prendido con alfileres que a veces lo pican como un diminuto presagio.

«Polonia será tan ilustre como Inglaterra cuando los campesinos sepan leer y escribir», se entusiasma Adam Czartoryski, «visitar nuestra patria será un regalo para los viajeros y no la pesadilla que consignan cronistas ingleses y franceses que retratan una tierra yerma, llena de lodo, insalubre, ignorante, repleta de muertos de hambre e incapaces de responder a pregunta alguna».

Para cambiar esa terrible imagen, Poniatowski llama a Ignacy Potocki, cuyas críticas en contra suya rayaron en lo intolerable. «Aquí termina nuestra rivalidad; he escogido al mejor hombre en cada rama del saber para que juntos forjemos una cultura superior».

Su hermano, el eclesiástico Michał, da un viraje de ciento ochenta grados al ser nombrado presidente de la Comisión de Educación Nacional. Antepone la ciencia a sus casullas bordadas de hilo de oro y conmina a un grupo de médicos para que encuentren la solución a la insalubridad, las pestes y otras enfermedades contagiosas, la peor de todas, la viruela.

—Es indispensable una muy buena escuela de medicina —declara el nuevo rey—, también nos hace falta una de veterinaria. Necesito a investigadores dispuestos a estudiar el cuerpo humano y el cuerpo animal. También desearía que los sabios se inclinaran sobre todas las evoluciones de la Tierra, el gran cuerpo que nos protege.

–La Tierra es un fenómeno físico y químico –interviene su prima Elżbieta–, creo que puedes llegar a conocerla por medio de las mujeres que te amamos. Así lo hacen lo reyes de Francia, quienes consultan a su amante antes que a su esposa...

El rey insiste en que lo primero son los conocimientos e invierte en la niñez y en la adolescencia.

–¿Las niñas llegarán al mismo grado de escolaridad? –pregunta su hermano Kazimierz.

–Por supuesto –afirma el rey.

–Hermano, vas a lograr que pierdan su vocación de servicio –difiere el inconsciente.

–¿Todo el presupuesto a centros de enseñanza? –protestan Radziwi y Branicki, miembros importantes de la nobleza descontentos con el rey–. El mayor esfuerzo de la nación debería ser para quienes nos alimentan, si los elevamos, los campesinos abandonarán la tierra.

–¿Vamos a salvar a Polonia aceptando las iniciativas del nuevo rey? –intervienen Karpiński, Dąbrowski y Starzeński, los otros tres grandes nobles de la *szlachta* que tampoco ven con buenos ojos estas y otras propuestas de Poniatowski.

A Stanisław le avergüenza enterarse de que la mitad de la nobleza no sabe leer. ¿Cómo es posible? Polonia brilló en el siglo XVI por sus científicos, y el genio de Copérnico deslumbró a Europa con *De las revoluciones de las esferas celestes*.

Para el nuevo rey, la universidad pública es la única liberación posible.

–Si hacemos nuestra propia ciencia, si contamos con pensadores y filósofos, si nos bastamos nosotros mismos, los rusos serán nuestros escuderos. Catalina nunca podrá dominar a una masa ignorante y ebria de tanto abandono.

–¿Te das cuenta de cómo Michał ha canjeado su egoísmo por la salud pública y la enseñanza? –se felicita Elżbieta–. Invierte su dinero en preparar a jóvenes a quienes en-

vía a Francia y a Italia a aprender cómo administrar el tesoro del clero. La emperatriz lo ha citado alguna vez en San Petersburgo y, desde Sanssouci, el emperador Federico II lo mandó llamar. Prefiere hablar con él antes que contigo –presume insidiosa.

A pesar de su inexperiencia, el rey Poniatowski cuenta con los *Pacta conventa*, negociados desde 1576, con los que controla la sexta parte de las tierras y a sus habitantes. Dispone de más recursos económicos y militares que varios súbditos inmensamente ricos.

Como jefe político, ofrece a sus seguidores propiedades, minas y hasta ríos. «Te regalo el cielo y las estrellas». A pesar de que la gran familia Radziwiłł tiene entradas superiores a las de la Corona, la voz de Stanisław prevalece.

La doctrina fisiócrata asegura que la riqueza de una nación proviene del cultivo de la tierra y Poniatowski venera esa ley natural en que la buena voluntad y el derecho de cada quien rige el funcionamiento de la economía. La naturaleza es la fuente de las riquezas de Polonia, la que provee el carbón que hay que sacar de sus entrañas. Los terratenientes demandan todo de sus siervos que siembran, aran, cosechan, plantan árboles, abren caminos, bajan a la mina, mueren sin nada y sus hijos cavan su tumba. Si falla la cosecha del año, el amo no tiene por qué preocuparse, si la mina se derrumba, la tierra recibe como una madre los cuerpos de quienes se quedaron adentro.

Por orden de Stanisław, ahora rey de la nación cercada por Prusia, Austria y Rusia, Michał, su hermano, trae de Inglaterra y de Escocia los últimos picos y palas. Sigue las enseñanzas de los países que más han prosperado y alivia los males de Polonia. Así como el campo da de comer, el campesino merece una vida mejor.

La fe en la bondad de la tierra crece cada día, aunque algunos maestros aconsejan no seguir teorías de otros países y entregarse totalmente al cultivo de trigo y beta-beles. Stanisław admira a Horace Walpole y a David Hume

desde que estuvo en Londres y se aficiona a la idea del libre mercado y del comercio exterior. Antes de él, las fronteras de Polonia estaban cerradas para algunos países, él va a abrirlas a toda Europa.

Con sus dos amigos ingleses, el rey sostiene una correspondencia casi quincenal porque Horace Walpole, gran conocedor de pintura, armó una colección notable en su casa de Strawberry Hill y le habla de la novela de terror que le divierte escribir, *The Castle of Otranto*. David Hume, con su inclinación al *day to day*, le da consejos de finanzas porque considera que Polonia es «un país blanco como un cordero pascual obligado a mantenerse vivo entre tres lobos voraces».

El rey glorifica el pasado y escoge a figuras sobresalientes a quienes honrar con un busto en la galería principal del Palacio Łazienki, su palacio.

¿No hay escultores ni pintores en Polonia? ¡No importa! Stanisław va a traerlos de Francia, de Italia.

–Lo hago para que los jóvenes tengan una figura heroica a quien admirar, hombres de la talla de Leonardo da Vinci.

–Coincido contigo, Staś, a las nuevas generaciones tenemos que darles un *museum polonicum*, una academia de ciencias, una de artes –enfatisa su primo Adam.

«Sí, mi querido amigo, mi divisa es buena: paciencia y valor me han conducido a donde estoy, pero le aseguro que ahora las necesito más que nunca», le escribe a su amigo Charles Yorke. «Necesito valor para emprenderlo *TODO* porque *TODO* está por hacerse en mi patria y pido paciencia y hasta resignación [...] porque es imposible hacer grandes cosas en un país debilitado por la licencia y el desorden de dos siglos y conservar la libertad entre vecinos envidiosos y mezquinos. ¡*Haec superanda!*».

Horace Walpole cultiva un odio visceral contra la emperatriz; para él Catalina es una asesina que usó a Pedro

Ulrico para llegar al poder. La tilda de «gran usurpadora, cocodrilo, furia del hielo y *ursa mayor* del polo norte».

Stanisław, aficionado a la astronomía, monta un observatorio en su palacio. A lo largo de su vida será tanto su empeño por conocer el cielo que, en 1777, Marcin Poczubutt, director del Observatorio Real en Wilno, descubrirá una rara constelación que nombrará Ciołek, en honor al blasón de los Poniatowski.

«Estudien», pide a los jóvenes. «Lo que nos diferencia de los animales es que sacamos conclusiones. Reflexionen, comuníquense, escriban, encomiéndense a la Virgen de Częstochowa, aprendan a cuidarse unos a otros, enamórense, ámense, abráncense, también yo los voy a abrazar...».

Al subir al trono, Stanisław insistió: «Quiero que mi secretario particular sea suizo».

El primer ministro del rey de Dinamarca le recomienda a Maurice Glayre, huérfano desde los siete años, modesto, formado en teología en la Academia de Lausanne.

«Este es mi hombre», piensa Poniatowski en cuanto lo conoce.

El suizo lo previene:

–Dígnese instruirme, no sé nada de lo que necesitaría saber.

–Yo me encargo. –Se emociona Stanisław porque su instinto le dice que Glayre es un tesoro.

Como teólogo, rechaza a cualquier dios y su influencia en el rey es providencial. También inspira confianza a ministros y embajadores por su pensamiento libre de prejuicios. «Glayre todo lo vuelve inteligible. Es él quien viajará a San Petersburgo a defender la causa de Polonia ante la emperatriz».

–¿Tendré enemigos mortales, Glayre?

–Claro, Majestad, y los peores son su familia.

–Lo sé, Glayre, estoy expuesto a los conflictos más absurdos. Unos recién casados me pidieron que fuera juez